



una obra crítica sobre francisco antonio encina

El fecundo y sólido historiador don Ricardo Donoso Novoa, prepara un examen completo de la personalidad intelectual y de la obra histórica de don Francisco A. Encina. En el último número de la revista ATENEA se inserta un capítulo de ese trabajo denominado "Alberto Edwards y Encina", cuya separata hemos leído con detenimiento. El trabajo de Ricardo Donoso llevará por título "FRANCISCO A. ENCINA, SIMULADOR", de por sí sugerente y acertado al indicar un rasgo fundamental en la actitud y en la producción históricas del caudaloso Premio Nacional de Literatura cuya inaudita y sorprendente megalomanía rebasa cualquier límite racional y cae en el abismo de las "desconformaciones mentales". Esperamos con profundo interés el nuevo libro de Ricardo Donoso por el valor singular de cada una de sus investigaciones, siempre originales y ricas en información y enseñanzas. Es admirable su labor de erudición y creación históricas. Hace muy poco tiempo apareció su notable estudio: "Un letrado del siglo XVIII. El doctor José Perfecto Salas", y en él, además de delinear a fondo la existencia y trayectoria de aquel importante personaje, presenta un amplio cuadro de toda una época decisiva en la constitución de nuestra nacionalidad. Este año salió a luz la segunda edición de su esmerada biografía de "Antonio José de Irisarri", ampliada con nuevos y valiosos datos a raíz de fructíferas búsquedas documentales; obra calificada en la cual se conjugan equilibradamente el minucioso registro de una apasionante personalidad con la descripción novedosa del escenario político-social en los momentos de la independencia y de los comienzos de la república. Ahora se encuentra en plena faena crítica y

polémica sometiendo a un exhaustivo y cuidadoso enfoque la producción histórica de F. A. Encina, trabajo difícil e ingrato a causa de la complejidad y mitomanía del personaje, y de la prolijidad cansadora en la narración de hechos y expresión de juicios, más la magnitud torrencial de fantasías interpretativas y retratos psicológicos, de su copiosa "Historia de Chile".

En este capítulo de su nuevo libro, apunta los rasgos más acusados de la posición ideológica y política de Alberto Edwards, las tendencias directrices de su concepción sobre la historia patria, y detalla sus principales actividades funcionarias. Alberto Edwards poseía inteligencia clara y fina agudeza crítica, cruzadas por múltiples inquietudes historiográficas, literarias y periodísticas. Su personalidad humana e intelectual es curiosa y, aunque conservador y reaccionario, la lectura de sus escritos es estimulante por la originalidad de muchos de sus juicios y por su desencanto, resultado de un conocimiento excepcional del espíritu humano. Es un escritor altanero, desdénso del papel de las masas y de la influencia de las ideas democráticas, indiferente y sin ilusiones, moldeado en una tradición aristocrática, no sólo en sentido social, de la vida y de la sociedad. Encontró su pariente espiritual en el filósofo germano Spengler y quedó deslumbrado con el encuentro de esa alma gemela, lanzada a enjuiciar la historia universal con toda la potencia de su genio pesimista. Alberto Edwards intentó idéntica tarea con respecto de la historia republicana de Chile, a la luz de aquella filosofía, con efectos perdurables en el campo de nuestros estudios históricos. Son muy esclarecedores y sugestivos los apuntes de Donoso sobre las relaciones de Francisco A. Encina con "el último pelucón", porque redondea la deuda del atrabiliario y petulante agricultor-historiador con el autor de "La Fronda Aristocrática en Chile" y, a la vez, deja en descubierto sus clásicos procedimientos de pillaje intelectual y sus formas de encubrimiento por medio de ataques malintencionados, refutaciones desdefiosas y acusaciones de "inercia mental" contra los afectados.

Alberto Edwards y Francisco A. Encina pertenecen a la misma generación (nacieron en 1874); fueron amigos y correligionarios, vinculados estrechamente por una común admiración a Diego Portales y Manuel Montt, y por su activa militancia en el Partido Nacional. Edwards inició temprano su labor de escritor y de intérprete de la evolución histórica nacional (su primer ensayo de categoría, "Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos", apareció en 1903), difundiendo numerosas ideas originales y novedosas hasta llegar a su compendio más brillante: "La Fronda Aristocrática", en 1928. Al mismo tiempo, avasallado por la obra de Spengler, se constituyó en uno de sus grandes comentaristas, y muchas de las fórmulas, y los vocablos, del filósofo germano las aplicó en su principal producción histórica. Encina experimentó una fuerte influencia de las ideas de Edwards y, por su intermedio, de las concepciones de Spengler. ¿Reconoció Encina su deuda contraída con Edwards y con Spengler? No. De acuerdo con su acti-

tud "normal" en estos casos ha dado a entender su ninguna relación con ellos y, por el contrario, en el último tomo de su "Historia de Chile" aclara haber sido el inspirador de Edwards (y, desgraciadamente, éste no supo entender sus recomendaciones por su carencia de conocimientos en historia colonial de Chile y en historia universal); y en cuanto a Spengler, él, Encina, expuso muchos de los conceptos spenglerianos con anterioridad a la aparición de "La Decadencia de Occidente".

Ricardo Donoso reproduce este párrafo primoroso donde Encina explica sus lazos con Spengler: "Aunque parezca inverosímil, hasta 1933 no había leído a Spengler. A mediados del año, aprovechando una reclusión forzada, cumplí mis deseos de compaginar los capítulos de Portales y de enlazarlos con los acontecimientos históricos, sirviéndome de las notas que había tomado 28 años atrás. Como las repeticiones resultaran frecuentes, mi sobrino don Jorge Pinochet tuvo la bondad de revisar los originales, a fin de suprimirlas. Poco después de iniciar la tarea, me advirtió que muchas páginas del libro se aproximaban demasiado a Spengler, y me insinuó la conveniencia de que yo lo leyera, bien fuera para rehacerlas en otra forma o para sustituirlas por citas. Al día siguiente me trajo una pésima traducción española con un prólogo de Ortega y Gasset. No era ya tiempo, ni tenía voluntad, de rehacer nada. Di un rápido vistazo a "La Decadencia de Occidente", más adivinando que imponiéndome de su contenido. Rayé en "Portales" las semejanzas más pronunciadas, y puse como epígrafe una media docena de pensamientos de Spengler, en sustitución de otros equivalentes de Leibnitz, de Nietzsche, de Comte y de Ward".

Don Ricardo Donoso comenta el párrafo reproducido en estas líneas: "Apuntemos ante todo que esa pésima traducción española era la obra del filósofo español don Manuel G. Morente. Al decir que la traducción era pésima, el simulador quería dar a entender que conocía y leía el alemán, lengua que le era total y absolutamente desconocida. Con esta falta de probidad intelectual, y con ese refinamiento en la simulación que constituirían sus mejores características, no sólo repudiaba la influencia del pensador tudesco, sino que rechazaba que le cupiera la más remota inspiración en la concepción de su trabajo. Ni para el más intonso escapa, al leer a Encina, la forma servil en que sigue su pensamiento, y cómo se apropió de lo más característico de su fraseología, el Estado en forma, la influencia de la sangre, las fuerzas espirituales, etc."

En el trozo de Encina, reproducido más arriba, se incluye una frase-clave en su método de investigación y de exposición, cuando declara haberle dado sólo un vistazo a "La Decadencia de Occidente", "más adivinando que imponiéndome de su contenido". A lo largo de toda su producción utiliza desmesuradamente el procedimiento "adivinación-intuición", aplicándolo al manejo de los documentos, a la evocación de los sucesos y de las actitudes de los personajes, al análisis del "subconsciente" de los grandes indivi-

duos, al ataque de los historiadores vascos, "miopes cerebrales e inertes mentales"... De ahí sus desbordantes fantasías y sus condiciones de mago por sobre las de historiador científico.

En el tomo vigésimo de su "Historia de Chile", pág. 350, recuerda que algunas figuras, como Guillermo Subercaseaux, Luis Galdames "y el autor de esta historia que, desde 1893, venía intuyendo los primeros síntomas de la desintegración de las civilizaciones occidentales, salvo la de Estados Unidos, y el peligro de que los pueblos americanos fueran alcanzados por el cataclismo, antes de independizarse espiritual y materialmente, fundaron el partido nacionalista, sobre la base de un programa económico que proyectaban ampliar gradualmente al terreno social". ¡A los 19 años de edad ya empezaba a pronosticar la decadencia de Occidente, basándose en su genial intuición!

Ricardo Donoso transcribe largos párrafos de una semblanza de Alberto Edwards realizada por Encina, en la cual menudean los elogios malévolos con las reservas sibilinas, en el típico estilo suyo, y las infaltables comparaciones hirientes con los historiadores clásicos del país: "Alberto Edwards fracasó con su "Historia de la Administración Montt", si se la juzga con el duro cartabón de la historiografía moderna. Aun sus más exaltados admiradores reconocen que quedó inferior a sí mismo, y que la Historia vale poco delante de "La Fronda Aristocrática en Chile". Pero la culpa del fracaso no debe achacarse al periodo elegido, sino a defectos de la estructura cerebral del autor, desde el punto de vista de las exigencias intelectuales de la historia. Favorecido con el cerebro más poderoso que hasta hoy ha producido Chile en el terreno político-social, y colocado por su sangre europea en un grado de desarrollo mental más alto que el en que se movieron Lastarria, Letelier y demás pensadores chilenos, sin más excepciones que los jesuitas Lacunza y Molina, el del pensamiento directo de la realidad, carecía de la sensibilidad cerebral y de la potencia de representación necesarias para aprehender en conjunto el complejo devenir de una época histórica y vaciarlo en una creación artística real y viva. Su poderosa intuición, lo mismo que la de Vicuña Mackenna, a quien excedió mucho en profundidad y cultura, era fragmentaria y francamente esporádica... Desde otro punto de vista le faltaba como a Lastarria, Amunátegui, Barros Arana, el arzobispo Errázuriz, Vicuña Mackenna y todos los que en Chile han cultivado la historia, sin más excepción que Isidoro Errázuriz, el dominio de la historia universal, sin el cual es hoy imposible intentar con alguna probabilidad de éxito la historia de un pueblo o de un período completo de su evolución histórica..."

Es muestra notable de la maestría de Encina para enredarse en contradicciones, regatear los méritos y herir, sin venir al caso, a los altos historiadores nacionales. Lo proclama favorecido con el cerebro más poderoso de Chile, y se movió con un grado de desarrollo mental más alto que el de todos los demás pensadores chilenos, y, al mismo tiempo, le encuentra defectos en la estructura

cerebral y carecía de sensibilidad cerebral. ¿Cuál es, entonces, la verdad?. Y, en seguida, todos los historiadores chilenos eran incultos, desconocían la historia universal; la obra de Barros Arana era de extrema fragilidad... ¡El único auténtico, poderoso, insuperable y genial historiador es Francisco Antonio Encina!

La supuesta vertiente enciniana de las concepciones históricas de Alberto Edwards queda explicada en el tomo vigésimo de la "Historia de Chile", en estas líneas de la página 343: "En nuestro empeño porque Alberto Edwards escribiese la historia que nosotros no deseábamos escribir, y que, al fin no escribió (la historia de cien años nunca pasó de la nómina de sus capítulos y de la "Historia de la Administración de don Manuel Montt"), para facilitarle la tarea le confeccionamos memorándums con la interpretación de algunos periodos históricos, a fin de que la comprobara y utilizase, si concordaban con su propio juicio. Como ocurre casi invariablemente con estos aportes oficiosos, sobre todo si se les utiliza veinte años más tarde, se produjeron numerosas incoherencias en el texto de "La Fronda Aristocrática en Chile".

La obra principal de Alberto Edwards contendría lapsus, incoherencias y fallas por no haber seguido literalmente el texto de las notas de Encina, quien sin vacilación lo refuta y corrige. En la página 347, del mismo tomo, agrega: "Pasando a las repercusiones sociológicas de la muerte espiritual del régimen portaliano, dice Alberto Edwards: "La República continuó estando en forma... el sentimiento legitimista hereditario que constituía su fundamento espiritual, se había fortalecido y no debilitado con el desenlace de la crisis". Al suprimir, por distracción o porque no calzaba con su propio criterio, el adverbio del texto del memorándum que le dimos para ayudarlo en su proyectada "Historia de Chile", y que decía: "la República continuó siendo aparentemente un estado orgánico", alteró el fondo del pensamiento poniéndolo en contradicción con lo que le antecede y lo que le sigue. Lo que atravesó intacto el periodo 1892 y 1920, no fue el estado orgánico (o en forma) surgido del contenido del pasado colonial, de las características de la aristocracia castellano-vasca y del momento histórico, fecundado por el genio de Portales, sino su envoltura externa, su cuerpo. Las fuerzas espirituales que lo animaban se habían extinguido antes de 1891".

La megalomanía de Encina se refleja de manera insultante en los párrafos reproducidos. ¡Lo perdurable de Alberto Edwards radica en el aporte generoso de ideas y memorándums del hacendado-historiador!

También se ha señalado como una de las fuentes más importantes de las "concepciones originales" de Encina la densa obra de Nicolás Palacios: "Raza Chilena". Pues bien, en idéntica forma da a entender su ninguna deuda con el discutido doctor y sociólogo y, por el contrario, tal como lo hiciera con respecto a A. Edwards, descubre sus consejos y orientaciones al mencionado pensador. En el tomo décimo, aparecido en 1948, de su "Historia de

despliegue de terminachos anticuados; y en su técnica metodológica concede un desproporcionado apego a la intuición como medio de aprehender la realidad del pasado.

Un ejemplo de la peligrosidad de los métodos de Encina, y de la fragilidad de sus creaciones, es el siguiente: Durante algún tiempo concurrió al Instituto Nacional a examinar los documentos en vista de sus trabajos históricos. Cierta día en el patio principal, por la calle Arturo Prat, le manifestó a un distinguido profesor y amigo suyo: "Don U., al fin he podido reconstituir con exactitud el lugar de la escena entre Diego Portales y el joven Manuel Montt, con motivo de una visita del prepotente ministro al Instituto Nacional. Fue aquí, en este corredor, frente a esas columnas", etc., todo expuesto con animación, riqueza verbal y gestos adecuados. Terminada su exposición, esperó el juicio de su interlocutor. Don U., imperturbable, le respondió: "¡Pero, don Francisco, si aquella conocida anécdota ocurrió cuando el Instituto Nacional funcionaba en otro sitio, y este edificio se construyó años después del asesinato de Portales!".

Muchas de las reconstrucciones de Encina se levantan sobre idénticos fundamentos a los expuestos en la historieta descrita. Son los riesgos corridos por los intuicionistas, quienes atropellando el carácter científico de la historia, se comportan como astrólogos y profetas, iluminados por mágicos poderes personales, desviándose hacia el campo de la fantasía y de la mistificación.

La orientación, métodos y resultados de la empresa histórica de Encina, son tendenciosos, equivocados y, a menudo, vituperables, y su contenido es profundamente reaccionario y antidemocrático.

Julio César Jobet

valparaíso

otra librería PLA

galería condell

arauco

LISTA DE AGENTES EN PROVINCIAS

CIUDAD	NOMBRE	DIRECCION
ANTOFAGASTA	Eugenio Veloso	Washington 2728
CALAMA	Eliana Monreal	Casilla 10
CALETONES	Daniel Aguilera	Edif. 70, casa B
CONCEPCION	Edit. Universitaria	Gal. El Foro, B. Univ.
COYHAIQUE	Héctor Cortés	Baquedano 34
CURANILAHUE	Domingo Baeza	Casilla 35
CHILLAN	Humberto Espinoza	Casilla 635
IQUIQUE	Eduardo Peralta P.	Bulnes 191
LINARES	René Corvalán	Casilla 356
LOTA	Emiliano Campos	Casilla 81
OSORNO	Mario Barrientos Barria	Casilla 59.0
PARRAL	Enrique Belmar	Casilla 172
PEDRO DE VALDIVIA	Aristides Aguirre	Bolívar 27
PUNTA ARENAS	Aniceto Ovando	Caupolicán 334
QUILLOTA	José Salamanca Tapia	Serrano 242
SAN JAVIER	José Escalona	Arturo Prat 2873
TALCA	Sofanor Valdés	Casilla 505
TEMUCO	Hernán Vera Gutiérrez	Casilla 423
TOCOPILLA	Renato Maya	Cienfuegos 1463
VALPARAISO	Librería PLA	Condell 1575-Loc. 1-B
VALDIVIA	Néstor Figueras	Población Ferroviaria, Pasaje 1, Nº 2099

La Revista ARAUCO, Tribuna del Pensamiento Socialista, aparece una vez al mes en Santiago de Chile.

ARAUCO tiene servicio de canje con las principales revistas y periódicos socialistas del mundo y en sus artículos y crónicas sobre temas nacionales e internacionales se orienta por la posición representada por el Partido Socialista de Chile, aunque sin expresar necesariamente sus opiniones.

La Dirección de ARAUCO ruega a sus lectores hagan llegar sus observaciones y sugerencias relativas a la presentación gráfica y al material literario a la Revista. La Dirección agradece anticipadamente la cooperación de los lectores en esta tarea periodística destinada a divulgar en Chile y América Latina el pensamiento socialista.